

---

## AVERROES, EL HOMBRE

---

ANGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

En este año, conmemorativo del DCCC aniversario de la muerte de Averroes, no podía faltar una sesión especial de la Real Academia de Córdoba, dedicada al gran pensador cordobés. Sabemos, que voces más autorizadas que las nuestras ya han tratado de las distintas y ricas facetas de su maravillosa personalidad, pero, nobleza obliga, la institución más antigua de la ciudad, nuestra Real Academia, no podía faltar a la cita obligada de esta importante efemérides.

Sin más dilación, paso ya al motivo de mi charla. Y, en primer lugar, intentaré el análisis de un punto controvertido en la biografía de Averroes, cual es el de su origen y, para ello, he de comenzar por citarlo, por primera y única vez, con su verdadero nombre, que fue el de Abū-l-Wālid Muhammad ben Ahmad ben Muhammad ibn Rušd. Este último término, Ibn Rušd, es el que indica la familia a la que perteneció, los Banū Rušd y de él procede su nombre, posteriormente latinizado, de Averroes, con el que sería conocido por la posteridad y el que utilizaré siempre, en adelante.

Ninguno de sus biógrafos islámicos cita la tribu, el grupo o la familia de la que los Banū Rušd fueron originarios. Existió una tradición, medieval y renacentista, que aseguró su origen judío, basándose únicamente en el destierro de Lucena, ciudad famosa por entonces, por albergar la más importante de las *aljamas* judías de Córdoba, dando ello origen, incluso, a la leyenda del refugio de Averroes en casa de Maimónides, cosa absolutamente imposible, pues en aquellos años, éste llevaba ya mucho tiempo residiendo en El Cairo.

Renan, basándose en el hecho de que algunos de los Banū Rušd llegaron a ocupar importantes puestos en la administración de Al-Andalus, aseguró que eran musulmanes viejos y, por tanto, árabes o bereberes. Esto podría haber sido verdad en el siglo VIII, e incluso en el IX, pero en el siglo X es evidente que existieron familias andalusíes magníficamente instaladas en la corte omeya, como fueron los Banū Hazm y los Banū Rušd.

Por fin, Cruz Hernández, apoyándose en un exhaustivo análisis de textos del propio Averroes, afirma el origen puramente andalusí de nuestro famoso paisano y, por ende, de su familia. Existe constancia histórica de que aquella se aposentaba en Córdoba, al menos, desde el año 990, fecha del nacimiento de Muhammad ibn Rušd, tatarabuelo de Averroes y, desde ahí, permanece hasta mediados del siglo XIII, en que fallece su nieto Yahya ben Muhammad.

De sus antecesores, el más importante, sin duda, fue su abuelo, Abū-l-Wā'il Muhammad ben Ahmad ben Muhammad ibn Rušd, que, como observarán, tuvo exactamente el mismo nombre árabe que nuestro Averroes; para diferenciar al uno del otro, los historiadores les añadieron, respectivamente, diferentes calificativos: al-Ŷidd, el abuelo y al-Haffd, el nieto.

Su abuelo, lo mismo que su padre, Abū-l-Qāsim Ahmad ben Muhammad ben Ahmad ben Muhammad, fueron cadíes de Córdoba, cargo, que, igualmente desempeñaron Averroes y algunos de sus hijos.

En el seno de esta familia de juristas, nace nuestro hombre el año 1126, sin que exista referencia alguna sobre quién fue su madre. Después de recibir, como buen musulmán, la tradicional educación alcoránica, su propio padre le introdujo en el conocimiento del derecho, en cuya labor también intervinieron dos famosos *alfaquíes*, Abū Muhammad ibn Razak y Abū Marwān ibn Murra. Su formación médica estuvo a cargo de Abū Ŷa'far ibn Hāsūn, de Trujillo y de Abū Marwān al-Balanši y en cuanto a la filosofía, fue discípulo de su amigo y protector, Ibn Tufayl.

Hay que hacer notar, que la formación de Averroes transcurre en un tiempo poco propicio desde el punto de vista cultural. Aquella Córdoba, antaño centro del mundo, desde comienzos del siglo XI, tras la desaparición del caudillo Almanzor y de sus hijos sufriría el más trágico cuarto de siglo de su historia, viniéndose abajo, de forma lamentable, todo el edificio político de la dinastía omeya, arruinando, no sólo las instituciones socio-políticas, sino también una parte importante de la ciudad y algunos de sus monumentos más emblemáticos, como la almunia de al-Rusafa, la Medina-Zahira de Almanzor y, sobre todos, la ciudad de la flor, Medina Azahara, bárbara y violentamente saqueada y destruida por los bereberes de Sulayman al Mustain. Y la espiral de violencia e inestabilidad política proseguiría durante el reinado de nueve efímeros soberanos, hasta llegar al año 1031 en el que el Califato cordobés fue abolido, disgregándose en 23 reinos de taifas y Córdoba, la sultana Córdoba, dejó de ser la perla de Al-Andalus, para ser anexionada, sucesivamente a los reinos taifas de Toledo y Sevilla. Este estado de cosas empeoraría con la caída de Toledo, en 1085 ante las tropas cristianas de Alfonso VI, lo que precipitaría la llegada de un pueblo bereber del Norte de África, los almorávides, que conseguirían sojuzgar a sus aliados e instalarse en Al-Andalus. Este pueblo fanático y de estrecha mente, pudo comprobar a su llegada, que en los minúsculos reinos de taifas, el control de los asuntos públicos estaban en manos de la aristocracia árabe-andaluza, que aun siendo musulmana, no se sentía profundamente vinculada a la religión islámica, sino fundamentalmente interesada en la poesía, la literatura y las artes en general. Y su reacción fue perseguir a poetas y escritores, destruyendo sus obras, logrando con ello una auténtica tiniebla cultural, que duraría hasta 1145, en que una rebelión popular posibilitaría su derrumbamiento y retirada, a la postre, más allá del Estrecho.

Cuando nace Averroes, los almorávides llevan siete lustros ocupando Córdoba y todavía estarán en ella los 19 primeros años de su vida, tiempo evidente de su formación, que se realiza a pesar de las condiciones adversas expuestas, recibiendo la *iyaza*, o licencia para enseñar, entre los 15 y los 20 años de edad.

Tras la retirada de los almorávides de la Península, se inicia en Al-Andalus lo que se ha venido en denominar "segundo período de los reinos de taifas", comprendido entre los años 1145 y 1170; la característica general de este período es la existencia de múltiples y minúsculos estados, cuyos gobernantes, unas veces dependían de los reyes cristianos y otras de los almohades, otro pueblo africano, que, desde 1146 se enseñorea por las tierras de Al-Andalus.

Córdoba, por estas fechas, cuando Averroes cuenta 20 años, ha sufrido de nuevo, luchas intestinas entre diversas facciones, e incluso, durante unas semanas, ha estado sometida al rey castellano Alfonso VII. De este tiempo data una noticia extendida entre los cristianos, que decía: "...era a aquella sazón la capital de Cordoua de pan et de seso et de armas, la mayor que en el Andalucía auie..", o sea, que, a pesar de su decadencia política, nuestra ciudad seguía siendo la de mayor prestigio intelectual y la mejor provista desde el punto de vista económico y militar.

En 1148, Córdoba cae bajo el dominio almohade. Averroes tiene 22 años y puede vivir, quizá directamente, la entrada por la Puerta del Puente, del califa Abd Al-Mumin ibn Ali, recibido por los notables de la ciudad.

La presencia almohade en ésta, que se dilatará hasta años después de su fallecimiento, aunque no exenta de problemas de todo tipo, resultará beneficiosa para su vida intelectual. No faltaron acciones de guerra, como el sitio al que la sometió Alfonso VII en 1150, o las *razzias* efectuadas por la Orden de Calatrava (1170) y otras tropas cristianas (1175 y 1181) o las dos expediciones de Alfonso VIII contra ella, la primera en 1182 y la segunda y más importante, en 1189, que obligó a sus habitantes a construir un nuevo alcázar en el sector suroriental, en lo que hoy es Alcázar Viejo.

Tampoco faltaron luchas intestinas, confabulaciones e intrigas entre los propios gobernantes y el pueblo, pero, en general, la dominación almohade fue más fecunda para la vida de la ciudad, que la anterior almorávide.

Averroes, ya casado e imbricado sólidamente en la vida pública cordobesa, disfruta de una coyuntura favorable y ya, en 1153, con 27 años, reside temporalmente en Marrakech, capital del imperio almohade.

En 1162, tras el fallecimiento del primer califa, accede al trono su hijo, Abū-Ŷa'qub Yūsuf, hombre culto, que supo rodearse de una corte de letrados, científicos y pensadores, entre ellos, Ibn Tufayl, médico, filósofo y maestro de Averroes, cuya influencia sobre el califa siempre fue muy importante y, merced a ella, tendría lugar la presentación del discípulo en la corte. Ello tuvo lugar en 1168, poco antes de la muerte de su padre, cuando nuestro paisano contaba 42 años de edad y ya había escrito, entre otras obras, su famoso *Kitāb al-Kulliyāt fil-tibb* o *Libro de las generalidades de la Medicina*, que será conocido, posteriormente, en el occidente europeo, con el nombre latinizado de *Colliget*.

No puedo extenderme aquí en los pormenores de esta presentación, que el mismo Averroes relata puntualmente, exponiendo la amabilidad del sultán, que después de la entrevista, en la que se interesó por los conocimientos que aquél tenía sobre Aristóteles,

le envió "... un regalo en dinero, un magnífico vestido de honor y una cabalgadura...". Lo que sí deja claro Averroes, es que su dedicación a la obra del filósofo griego fue mayor tras su conversación con el sultán; dice: "..Ved, pues, lo que me llevó a escribir mis comentarios a los diversos libros del filósofo Aristóteles..".

Como consecuencia del aprecio y de la admiración del califa, un año después, le nombraría cadí de Sevilla, ciudad en la que el cordobés permaneció dos años, durante los cuales dejó grato recuerdo.

Regresa a Córdoba en 1171, donde vivirá ininterrumpidamente, no menos de diez años, dedicado al estudio y a la redacción de muchas de sus obras médicas y filosóficas. Temporalmente se trasladaba a Marrakech, donde residía el califa desde 1175 y su íntimo contacto con la corte almohade durante todos estos años, le valdría el nombramiento de cadí de Córdoba y el de principal médico de cámara de la corte.

En 1184, cuando Averroes cuenta 58 años, fallece su protector y amigo, el califa Abū Yâ qub Yūsuf, sucediéndole su hijo Abū Yūsuf Yâ'qub al-Mansur, que le ratifica en todos sus cargos. A partir de entonces, su papel en la corte es preeminente, tanto en Marrakech como en Córdoba, donde alternativamente, reside el sultán, según fuera la evolución de la constante guerra que mantenía con los reyes cristianos. Averroes reside en palacio, conversa, a menudo con el sultán de temas científicos y filosóficos y, posiblemente, le acompañaría en 1190, a Medina Azahara, para contemplar sus ruinas, ante las cuales Yâ'qub al-Mansur, se dice, recapacitó sobre la caducidad de las cosas humanas. Era tal el afecto y confianza que existían entre el sultán y el filósofo, que éste llamaba aquél, "hermano mío", tratamiento que puede considerarse hoy, equivalente a nuestro tuteo.

Ésta será una de las causas de la caída en desgracia de Averroes, que tiene lugar a finales de 1195, meses después de la batalla de Alarcos, en la que el sultán almohade derrotó claramente al rey castellano Alfonso VIII. De manera fulminante, se abre un proceso contra Averroes, que terminaría con la condena de sus escritos y su destierro a Lucena. Cesa en su cargo de cadí de Córdoba y junto a su compañero Abū'Abd Allāh al-Usulī -el único que osó defenderle- fue anatematizado como hereje e impío en la mismísima Mezquita Aljama, en el mismo sitio donde, tantas veces, rodeado de consejeros, escribanos, ujieres y procuradores, solemnemente impartiera justicia en nombre del sultán.

Se esgrimieron muchas razones para justificar su condena, aunque la única que figura en el texto del edicto del sultán, es la de "impiedad religiosa", pero lo verdaderamente cierto es que todo se debió a una conspiración política, auspiciada por los celosos alfaquíes y ulemas malikíes, sobre cuya acérrima ortodoxia se había fundamentado todo el sistema político de los omeyas y, después, de almorávides y almohades.

Para comprender este complot, hay que remontarse a la postura que sostenían los andalusíes -y Averroes lo era- en estas luchas palaciegas. Desde el comienzo de la dominación musulmana, los andalusíes soportaron lo mejor que pudieron, los enfrentamientos entre los conquistadores árabes y bereberes, yemeníes, sirios y eslavos, en los tiempos de Averroes, eran ya todos, *musulmanes viejos*, que sólo se acordaban de su común condición cuando los cristianos atacaban y siendo incapaces de defenderse ellos solos, se mostraban de acuerdo en recurrir a sus correligionarios del Norte de África, para que vinieran en su ayuda. Durante la dominación almorávide, los andalusíes

fueron postergados en favor de los ulemas y alfaquíes, más en sintonía con el fundamentalismo de los conquistadores y, consecuencia de ello, fue la represión cultural que existió y a la que nos referíamos antes. Con la llegada de los almohades, los andalusíes volvieron a tomar predicamento, siendo repuestos en sus cargos, pero, al final, los almohades pudieron advertir, que aquellos no estaban dispuestos a abandonar sus casas y sus tierras, para ir a luchar contra las vanguardias cristianas; ellos preferían la vida cortesana, más en consonancia con sus inclinaciones culturales y científicas.

Esto, quizá explique, que fuera tras la batalla de Alarcos, cuando Al-Mansur decide el proceso de Averroes, la más representativa figura entre los andalusíes, aunque también fueron depurados con él, muchos médicos, filósofos y poetas, tal vez a causa de su tibieza ante la guerra, que en el mundo musulmán, era tanto como decir tibieza religiosa.

También hubieron de influir, sin duda, las opiniones socio-políticas, que Averroes vertía en sus *Comentarios a la "República" de Platón*, en 1194, un año antes de su caída en desgracia. Y, aunque dicha obra la dedicaba al sultán Al-Mansur, su contenido hubo de irritar al establecimiento aristocrático de la corte, pues en aquella, Averroes exponía sus dudas sobre la posibilidad real de una sociedad justa en su tiempo y ello, debido a que ésta puede llegar a la perfección, sólo tras una larga e ininterrumpida sucesión de buenos reyes, tanto desde el punto de vista militar como político, circunstancias estas, que no se habían dado en Al-Andalus desde casi dos siglos antes. Y en esta tesitura, continuaba Averroes con un sentido crítico inimaginable en aquellos tiempos, la oligarquía, la clase aristocrática, se había transformado en tiránica, perdiendo así toda nobleza, como estaba sucediendo en la sociedad en la que vivía. Y, aun cuando de todo ello, había tenido mucha culpa el establecimiento almorávide, que había ido degenerando desde el acatamiento de la norma de su primer soberano, a la timocracia posterior, para terminar en el más absoluto hedonismo, esa misma aristocracia se había instalado cómodamente en el gobierno almohade, con los mismo vicios anteriores. Y era a esa oligarquía de gobernantes y dignatarios, que no cumplían los preceptos coránicos, a la que Averroes acusaba claramente con una dureza insólita, ataque este, que hubo de ser el detonante que propiciara la maniobra de los ortodoxos islámicos, influyendo decididamente, con sus intrigas, sobre el sultán Al-Mansur.

Durante su destierro en Lucena, que duraría poco más de dos años, todos sus enemigos se encarnizaron con él, mostrándole su burla y su desprecio. Hubo un poeta, que en unos de sus venenosos versos, decía: " Mira si hoy encuentras un solo hombre que quiera ser tu amigo..".

Por fin, en los primeros meses de 1198, el sultán le levantaría el destierro, llamándole de nuevo a la corte de Marrakech; allí, el 10 de diciembre, fallecería a los 72 años. No conocemos la causa de su muerte; él mismo se refiere en alguna de sus obras, al exceso de trabajo y basándose en otra noticia, que aparece en sus escritos, se ha aducido la hipótesis de algún problema cardiovascular como causa de su fallecimiento. Efectivamente, en el *Colliget*, refiriéndose a la necesidad de instauración de tratamiento farmacológico, nos dice: "...para que no acontezca como sucedió conmigo, que, habiendo enfermado con fiebre intensa, inflamándoseme las articulaciones, no me fue administrado lo necesario, por lo cual me quedó una artritis en las manos y en los pies y así sigue...". Hipótesis esta con la que, personalmente no estoy de acuerdo, aunque comprendo que no es éste el momento de exponer las razones de mi disensión.

El cadáver de Averroes, tras permanecer tres meses en el cementerio de la puerta de Tagazut en Marrakech, sería trasladado a Córdoba, donde fue enterrado, junto a las tumbas familiares, en el cementerio de Ibn'Abbās. El historiador Ibn Arabī, testigo personal de su entierro, cuenta: "..Cuando fue colocado sobre una acémila el ataúd que encerraba su cuerpo, pusieron sus obras en el costado opuesto para que le sirvieran de contrapeso. Estaba yo allí parado... y dije para mis adentros: a un lado, va el maestro y al otro, van sus libros..".

La fama y trascendencia de Averroes no cabe ser tratada en esta conferencia, que ya va siendo demasiado extensa. No voy a citar, siquiera, la influencia del averroísmo en el occidente cristiano, que alcanzaría a figuras tan señeras como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Tampoco voy a hacer una breve semblanza del Averroes médico, cuestión que será tratada, seguidamente, por el Dr. Arjona. Pero no quiero dejar de referirme al Averroes cordobés, al cordobés andalusí, que se manifiesta constantemente, a lo largo de sus escritos.

Y así, sabemos que, cuando ejercía el cargo de cadí en Sevilla, venía regularmente a Córdoba, donde tenía instalada su biblioteca y donde residía su familia. Entre lectura y lectura de sus viejos códices, seguro que pasearía por los fértiles huertos de la Puerta de Almodóvar y de la Puerta de Sevilla y llegado a la ribera, tras contemplar la noria de la Albolafia, que edificara el emir almorávide Tashfin cuando él tenía diez años, llegaría hasta el viejo puente que era, al decir de Ibn Hayyān, "...la madre que amamanta la ciudad, el punto de confluencia de sus diferentes caminos...; el collar que adorna su garganta y la gloria de sus monumentos insuperables..." y contemplando el Guadalquivir, se ratificaría en lo que escribiera en su *Colliget*: "...conforme más lejos de la fuente de origen, el agua es peor, por eso nuestro río es mejor en Córdoba que en Sevilla..".

Porque, aunque Averroes amó mucho a Sevilla (fueron los sevillanos los que con más insistencia pidieron a Al-Mansur, que le levantara el destierro), siempre la pospuso a su Córdoba natal. Es casi tópico el fragmento de Abū-l-Fadl al Tifāssī, en el que Averroes y el sevillano Avenzoar disputan ante Ŷa'qub al-Mansur sobre las excelencias de sus respectivas ciudades. Averroes, dice como resumen de su exposición. "...Muere un sabio en Sevilla y su familia, para vender sus libros, tiene que llevarlos a Córdoba, donde hallarán venta segura; por el contrario, cuando muere un músico en Córdoba, hay que ir a Sevilla para vender sus instrumentos..." Con esta frase, alababa a su patria chica sin ofender a los sevillanos, al ser él un gran aficionado a la música, pero tenía claro que los cordobeses eran más inteligentes y estudiosos que los sevillanos.

La seguridad de su origen andalusí, al que aludíamos al principio, queda refrendada, una y mil veces, en sus escritos, sobre todo en el *Colliget*, en el que, todo lo de su tierra es lo mejor a sus ojos. Y piropea a Al-Andalus en el cabello de sus gentes, "ni tan hirsuto y rubio como el de los nórdicos, ni tan rizado y oscuro como el de los africanos.."; y hasta la lana de sus ovejas, es más fina que la de otras regiones, y todo ello en razón de las excelencias de la situación geográfica de Al-Andalus.

Es indicativa la manera que tiene de ratificar su andalucismo, cuando al tratar del biotipo andalusí, dice que el arquetipo de tez blanca y cabello sedoso, sólo se da cuando su sangre no está mezclada con otras razas, pues cuando tal ocurre, con el paso del tiempo, éstas últimas van asemejándose a la andalusí y finaliza "...Esto es lo que ha sucedido en la tierra de Al-Andalus con los descendientes de los árabes y los bereberes,

que la naturaleza los ha igualado con los naturales de esta tierra y, por ello, se han multiplicado las ciencias entre aquellos..". Por la forma de expresarse, refiriéndose a árabes y bereberes como "los otros", él reafirma con orgullo su origen andalusí, y, además en contra de historiadores y poetas árabes, que alaban hasta la exageración, la belleza de su raza, Averroes los ve por debajo de los andalusíes, no sólo estética, sino intelectualmente, ya que éstos fueron capaces de asimilarlos e integrarlos racialmente y capacitarlos para el ejercicio intelectual.

Otra manifestación de su "nacionalismo", es la forma encomiástica que muestra en sus citas de pensadores andaluces, como Ibn Hazm, Ibn Bāyḡa, Ibn Tufayl e Ibn Zuhr, a los que prefiere a todos los filósofos antiguos, con la sola excepción de Aristóteles.

También "andalucea" Averroes cuando denuncia el nulo papel social de la mujer en la sociedad islámica de su tiempo, con la excepción de Al-Andalus. Dice: "..Sin embargo, en otras sociedades se desconocen las habilidades de las mujeres, porque ellas sólo se utilizan para la procreación. Por tanto, están destinadas al servicio de sus maridos y relegadas al cuidado de la procreación, de la educación y de la crianza. Pero esto inutiliza sus otras posibles actividades...". Averroes se muestra aquí, además de feminista, nuevamente orgulloso de las costumbres de su tierra.

Y un último aspecto de su andalucismo a ultranza, la vemos, nada menos que en su elogio y defensa de la dieta mediterránea, más de ochocientos años antes de que la moderna investigación dietética la afirmara como modelo a seguir en la profilaxis de algunas enfermedades cardiovasculares y neoplásicas.

En el apartado "Cuestiones sobre la dietética" del *Colliget*, Averroes pondera las excelencias de muchos alimentos típicos de nuestra tierra. Al tratar del aceite de oliva, dice: "...Cuando procede de aceitunas maduras y sanas y sus propiedades no han sido alteradas artificialmente, puede ser asimilado perfectamente por la constitución humana... Por lo general, es adecuada para el hombre toda sustancia del aceite, por lo cual en nuestra tierra, sólo se condimenta la carne con él, ya que éste es la mejor forma de atemperarla, al que llamamos rehogo. He aquí como se hace: se toma aceite y se vierte en la cazuela, colocándose enseguida la carne y añadiéndosele agua caliente, poco a poco, pero sin que llegue a hervir...".

En cuanto a las carnes, de entre las aves, la mejor es la de gallina joven, sana y gorda y la de perdiz, a la que llama gallina del desierto"; le sigue la de codorniz, en tanto que no recomienda comer la de pajarillos y palomas. De las reses, prefiere la carne de choto y después, la de camero, oponiéndose a Galeno, que recomienda, primero, la de ternera y a Avicena, que prefiere el cerdo.

De los pescados, dice, los mejores son los que habitan en lugares de muchas rocas, que tienen abundantes escamas, de un tamaño intermedio y que se mueven con facilidad; el mejor es el salmón y después, el mujol. En cuanto a la sardina, la considera un pescado graso.

Se refiere a los huevos, prefiriendo los de gallina, a los que colma de elogios, considerándolos beneficiosos para múltiples patologías, desde dolores oculares a los granos del ano y descubre el popular plato de los huevos fritos; dice: "..cuando se fríen con aceite de oliva, son muy buenos, ya que las cosas que se condimentan con aceite, son muy nutritivas, pero el aceite debe ser nuevo, con poca acidez y de aceitunas".

De entre las legumbres, pone inconvenientes a la lenteja, ya que impide el coito y

nubla la vista y a las habas, que producen muchos gases y pesadillas y alaba a las alubias, diuréticas y laxantes, que favorecen el sueño y a los garbanzos, que disuelven los cálculos y aumentan el semen.

Entre las verduras, recomienda la alcachofa y las espinacas; y a los espárragos, útiles en las dolencias renales y en el dolor de muelas; y al ajo, indicado en múltiples dolencias; y a la cebolla, ésta, especialmente efectiva, colocada en el ano, ya que "descongestiona las venas y saca la sangre de las hemorroides". Muestra su predilección por las berenjenas, con las que "...se hacen en nuestro país muchos platos delicados..." y aun a sabiendas de que su consumo puede producir alteraciones digestivas, dice que "...cuando es verdaderamente apetitosa, el daño que puede recibirse de ella no se tiene en cuenta y éste es uno de los alimentos más sabrosos...".

En cuanto al pan, lo considera como el primer alimento absoluto (otros, lo son intermedios entre alimento y medicina), cuando se hace de trigo, extendiéndose en consideraciones sobre las diferentes formas de su fabricación.

Cuando habla de la leche, se descubre el peso de los usos de su tierra; asegura que la mejor leche es la de mujer, seguida de la de burra y la de cabra, pues la de vaca es más densa y, por ello, es propensa a agriarse en el estómago..". De los quesos, prefiere el fresco al añejo y alaba también a los semiblandos, siempre que están hechos con buena leche.

De los postres, destaca el poder nutritivo del arroz con leche y de entre las frutas, desaconseja la manzana, que, según Avenzoar, puede producir tisis y el melocotón, aunque es aprovechable el aceite que se extrae de sus huesos, por su propiedad de quitar las arrugas al rostro de las mujeres; prefiere el membrillo a la pera y anima al consumo de la granada. Pero, sobre todas, alaba a los higos y a las uvas, éstas tanto frescas como pasas. También elogia a la bellota y a la almendra, a la que confiere la virtud de aumentar la sustancia cerebral.

Los conocimientos que expone sobre el vino, son curiosos. Sigue el consejo de Dioscórides de recomendar su uso moderado y en días alternos, sobre todo en tiempo caluroso; advierte de lo impropio de su uso en ayunas y como postre; reconoce las virtudes de la sobriedad y la prohibición coránica de beberlo, pero se muestra de acuerdo en un consumo prudente en hombres maduros y ancianos, pues la embriaguez no se produce por tomarlo moderadamente, sino por hacerlo en exceso; y, aunque los médicos recomiendan como el mejor, el vino aromático, él se inclina por el vino blanco como el más conveniente para aquellos que la bebida les produce dolor de cabeza, debiéndose consumir, siempre fresco.

Valga esta pequeña muestra de indicaciones dietéticas para comprobar la defensa de Averroes de la dieta mediterránea, no sólo como médico sino también como andaluz convencido de las bondades de su patria. Y aquí sí que termino. Averroes, como otros médicos y pensadores, musulmanes o judíos que nacieron en nuestra ciudad en la época más dorada de su historia, contribuyó a que sucediera lo que Herbert Le Porrier pone en boca del protagonista en su obra Maimónides, el médico de Córdoba "...El genio propio de un lugar privilegiado y el genio específico de tres pueblos fundamentalmente diferentes, se conjugaron sin esfuerzo para dar curso al nacimiento de una obra, Al-Andalus, armonía conjugada entre la naturaleza y el hombre y cuya perla fue Córdoba...".